



ECOS  
DE  
MI

«Dice el diablo en el infierno,  
que ese Pilar se derribe  
y el diablo «erra» que «erra»,  
y el Pilar firme que firme».

COLEGGIO





## El premio extraordinario

◆  
Con-  
sideran-  
do que los  
trabajos pre-  
sentados al tema  
2.º tenían un mé-  
rito extraordinario, la  
Rodma. Madre General  
ofreció para el primer pre-  
mio de este tema una joya ori-  
ginal y de muy alto valor, ade-  
más de su belleza :-: Se trata de  
una estupenda **cestita de labor**, hecha  
en el Brasil con la piel del reptilacatú :  
Con gran habilidad se ha aprove-  
chado la piel íntegra del precio-  
so animalito, constituyendo  
sus cuatro patitas el sostén  
de la cesta, y su asa la  
cola, que viene a en-  
lazar-se con la bo-  
ca del lindo cua-  
drúpedo :-: Es  
joya de ca-  
sa y aún  
de mu-  
seo ::

◆



# Ecos de mi Colegio

Revista  
mensual

Redacción y Administración: HIJAS DE JESUS - MOSTENSES. Salamanca

CON CENSURA ECLESIASTICA

## «Ecos», en el centenario del Pilar



Ha querido nuestra revista y con ella todo lo que de las Hijas de Jesús y sus Colegios en esta publicación familiar viene representando, adherirse fervorosamente al Centenario de la Venida de la Santísima Virgen del Pilar a Zaragoza que es centenario de la evangelización hispana y de los primeros fervores marianos, que habían de hacer de nuestra patria la tierra predilecta de la Virgen, la que se ha llamado tierra de María Santísima.

En curso todavía el Certamen que «Ecos» organizó, ya podemos presentar sus primeros frutos en las páginas premiadas, que hoy publicamos de los dos primeros temas, ya calificados.

Por estos esbozos se verá, no sólo el entusiasmo y devoción mariana con que los diferentes Colegios han acudido a nuestra convocatoria, sino también el cariñoso estudio que se ha hecho de los temas y lo bien aprovechada que ha estado la copiosa bibliografía de propaganda, que en este año se publicó; además, claro está, de la erudición y cultura de las concursantes.

Quiera la Santísima Virgen del Pilar seguir bendiciendo nuestros esfuerzos, inspirando nuestra devoción, haciéndonos dignos del tesoro, que con su Santo Pilar dejó en España, cumpliéndose lo que cantó un Argensola:

Es símbolo de firmeza  
El Pilar, y quiso así  
Demostrar la fortaleza  
Del pueblo que dejó aquí  
Por guarda de tal riqueza.



## Nuestro Concurso Mariano+Acta

En el Noviciado del S. Corazón de Jesús, de Salamanca, y Dirección de «Ecos de mi Colegio», reunido el Jurado Calificador de los trabajos presentados al Concurso de la Revista, se acordó unánimemente conceder los siguientes premios:

Tema núm. 2.—*La Virgen del Pilar, Santiago y la firmeza del Catolicismo español*. Etapas: a), *de los mártires*; b), *de la Reconquista*; c), *ante el protestantismo*.

Se presentaron cinco trabajos.

Primer premio al lema. *Bendita sea la hora en que Nuestra Señora vino en carne mortal a Zaragoza*.

Se reconoció en el trabajo gran fervor, erudición y amplitud de datos.

Abierta la plica resultó premiada: *Una Antigua Alumna de las Hijas de Jesús*.

Segundo premio al lema: *Pilar bendito,—Trono de gloria —Tú a la Victoria—nos llevarás*.

Está escrito con brillantez y soltura, buena erudición y fervor en tusiasta, por lo que el Jurado acordó instituir un segundo premio.

Abierta la plica resultó premiada: *Srta. María Begoña Ruigómez*, Alumna de 4.º bachiller, Colegio de Bilbao.

Tema cuarto.—*La devoción Nacional a la Virgen del Pilar, sostén de la piedad española*. Se presentaron ocho trabajos.

Primer premio al lema: *Corazón que ante tu planta—no adore grandeza tanta—muerto o podrido ha de estar. Garganta que no te canta—muda debiera quedar*.

Tiene el lema originalidad, muy bien tratada la época moderna y actual y bien enfocados los fundamentos.

Abierta la plica resultó premiada la *Sr'a. Juana Segoviano*, Antigua Alumna del Colegio de Segovia y M. N. de Marazoleja.

Segundo premio al mismo tema.—Está bien concebido y arquitecturada la exposición, con abundancia de ideas y datos y estilo conciso y rápido.

Abierta la plica resultó premiada la *Srta. María del Carmen Ruiz*, A. A. del Colegio de Segovia y M. N. de

Tercer premio al mismo tema.—Con menos amplitud y orden que los anteriores, pero con suficientes méritos por su buen estilo, ideas selectas y fervor comunicativo.

Abierta la plica resultó premiada la *Srta. Sagrario Sanz*, A. de 4.º bachiller, Colegio de Segovia.

Y para que así conste, lo firman en Salamanca, a 19 de Junio de 1940.—La Superiora General, *Magdalena Inibarren*, H. de J.

Censor literario, *José Artero*.

*Victoria Cendoya, Florentina Caballero, Consolación Irigoyen, Rosario Sáez, Auxilio Tapia y Petra Calzada*, Hijas de Jesús.



## TEMA SEGUNDO

La Virgen del Pilar, Santiago y la firmeza del catolicismo español. Etapas: a), de los mártires; b), de la Reconquista; c), ante el protestantismo.

### 1.<sup>er</sup> Premio

**LEMA:** Bendita sea la hora en  
que Ntra. Señora vino en  
carne mortal a Zaragoza

En el Santo Evangelio hay una hermosa alegoría; la propuso el Divino Maestro, para significar gráficamente, la firmeza del corazón que cumple la palabra de Dios.

Dice, que éste, es semejante a la casa que un hombre edificó sobre roca viva, contra la que nada pudieron ni las furias del vendabal, ni el empuje de las inundaciones; pues éste es el más exacto similitud que retrata la firmeza del Catolicismo en nuestra Patria: el estar cimentado sobre la pétrea columna que la Santísima Virgen en persona, trajo a España para asentar sobre ella la fe de nuestro pueblo.

Por esto en este XIX centenario de aquella prodigiosa venida, esta obra de gratitud y de esperanza la evocación de tan capital acontecimiento, en que fueron protagonistas la Madre de Dios y el apóstol que primero vertió su sangre por Cristo, como para darnos a conocer cuál había de ser la característica del alma española; el pueblo de predilección de la Santísima Virgen, el pueblo de los más cruentos sacrificios por defender su fe, el pueblo de la firmeza de corazones, imantados al contacto del Pilar Santo.

Con la brevedad que impone el espacio de que se puede disponer, para desarrollar tan fecundas ideas y ciñéndonos a las etapas, como piedras miliarias, del camino heroico de España en pos de Cristo, cargada con la Cruz de su fe, haremos una rapidísima excursión por estos ibéricos campos, más fértiles en fide-



lidades y sacrificios por Cristo, que lo eran, en frutos y riquezas, los famosísimos campos Tartesios.

a) ETAPA PRIMERA.—*De los mártires.*—La sementera de la doctrina de Cristo en España, fué en los principios dificultosa; la tradición nos descubre las angustias del Apóstol Santiago en su evangélico trabajo y hace resaltar los nombres de aquellos siete varones, primicias de la cosecha, y que consagrados Obispos por el Apóstol San Pedro, volvieron a España, mientras el Padre de nuestra fe, el Hijo del Trueno, sellaba en Jerusalén con su sangre el testimonio de su predicación.

La bendición que la Santísima Virgen María dió a Santiago al enviarle a España, ¿no se repetiría también al volver estos varones Apostólicos, desde Jerusalén a continuar la iniciada labor en el campo dilatado de las almas? ¿No sería efecto especialísimo de ella, la nueva etapa de abundante floración con que en todos los ámbitos del patrio solar fueron germinando y creciendo iglesias?

En la Bética, en la Cartaginense, en la Tarraconense, en la Lusitania, en la Galecia, en todas las provincias del Imperio dentro de España, surgieron Diócesis; y hoy, desde León a Gerona, desde Cartago Nova hasta Brácar, las ciudades que son fruto de aquellas nacientes Cristiandades, guardan el áureo recuerdo de sus Obispos, de los gloriosos atletas de Cristo que vencieron con su muerte en el combate de su fe, que esmaltaron con su sangre generosa la vía triunfal del martirio.

Nuestra Patria posee un Martirologio que no cede a ninguno de la Iglesia, en cantidad, ni en calidad; aquella legendaria firmeza y menosprecio de la muerte en defensa de la Patria y de la lealtad jurada, que aureoló a los españoles ante los asombrados romanos y cartagineses, aun en épocas de heroísmo puramente humanos, cuando luego se inyectó en aquellas almas la fuerza sobrenatural de la gracia, fructificó en planteles de altos cedros, bellas palmeras, rosas encendidas, incontaminados lirios, todos ofrecidos en el ara del martirio.

Las persecuciones, de las que ha sido conservada la memoria pública en España (pues hubo muchas otras, de las que podemos decir que solo en presencia de Dios, queda viva la preciosa muerte de los que en ellas cayeron), se levanta con ímpetu de llama devoradora bajo la crueldad del infame Emperador Decio, en la quinta década del siglo III. El gran Obispo africano, S. Cipriano, describe con vivos colores la lucha y heroísmo de nuestros hermanos



en la fe y en la sangre y, ¡ caso admirable !, entre ellos sobresale la Cristiandad de Cesaraugusta (Zaragoza), capitaneada en su heroísmo por un Félix, sin duda su Prelado a quien el panegirista califica de *Cultivador* de la fe y *defensor* de la verdad.

Esto parece ser ya el presagio de aquella ciudad en todo heroica, al servicio de Cristo y de la Patria, de la que con toda verdad pudo decir el sublime poeta, Prudencio, padre de la Musa Cristiana que : «En todas las persecuciones se cebó en la ciudad del Ebro la furia de los tiranos». Eran estos los hijos de la serpiente, que venían rabiosos e impotentes, a morder y a quedar aplastados bajo la planta invulnerable de la Virgen Inmaculada, de la Madre de Cristo y de España, erguida sobre el inmovible Pilar.

Digno sucesor del nefasto Decio fué Valeriano, quien desahogó en los cristianos, la saña que le causaban las derrotas que a su ineptitud y cobardía causaban los persas y otros enemigos del Imperio. El año 257 apareció cruelísimo edicto de persecución, amenazando con destierro, confiscación y muerte, a Obispos y fieles que practicaren los ritos cristianos y no rindiesen culto a sus dioses.

Como rebasaría del breve espacio disponible una enumeración aproximada de héroes, que todo lo sacrificaban por su fe, nos limitaremos a evocar el glorioso martirio de S. Fructuoso, Obispo de Tarragona y de sus diaconos. Las actas que recogieron estas gloriosas gestas se difundieron por toda España, se leían en las iglesias de Africa, y S. Agustín las pondera con las más fervidas palabras, y no menos merecen en verdad, aquellas magníficas escenas, que, en interés y grandeza, superan cuanto pueda imaginarse, y que dejaban asombrados a los mismos feroces ejecutores de las injusticias imperiales.

La agonía del imperio idólatra, quiso reanimarla aquel tigre coronado que se llamó Diocleciano, y que como nadie puso en combinado juego la ferocidad salvaje y la solapada táctica, para arrancar de las almas, la fe de Jesucristo. Tan cruel fué su actuación que en medio de las doce grandes persecuciones y martirios, ésta es llamada por antonomasia «Era de los Mártires». En España fué infernal instrumento de estos planes el feroz Daciano, quién en un arranque de impotente y no saciada crueldad ante el heroísmo de los Mártires, exclamó : «Nec mortuum vincam». «Ni aún muertos puedo vencerlos». En rápida enumeración, pasan por las áureas páginas de la Historia S. Emeterio y Celedonio en Calahorra y



S. Marcelo en León, gloriosos legionarios del Imperio; las hermanas Justa y Rufina, en Sevilla, modelos de juvenil fortaleza y gracia en la defensa de la fe; Mérida y Barcelona se abrazan a tan larga distancia, entrelazando las palmas de sus angelicales Eulalias y Alcalá, es heroica escuela, donde los niños Justo y Pastor dan lecciones de abnegación por Cristo, escritas con su sangre; y Leocadia, en Toledo, Vicente, Sabina y Cristeta de Avila, Facundo y Primitivo en Sahagún... y mil y mil más, son las rutilantes perlas y encendidos rubíes del regio aderezo, que la Madre España ofreció a la Iglesia de Cristo.

Breves líneas solamente hemos de consagrar a aquel diacono Vicente, hijo de Zaragoza, sombreada su cuna por el Pilar, y cuyo extraordinario martirio compartió su fama en el mundo romano con el del diacono Lorenzo, otro aragonés que en Roma dejó insuperable ejemplo de fortaleza, como S. Vicente, en Valencia, a quienes S. Agustín dedica varios sermones, de los más emocionados de su vibrante oratoria.

La semilla que Santiago derramara y María Santísima bendijera desde el Pilar, besado por el Ebro, fructificó ciento por uno, en esta primera cosecha de la Etapa de los Mártires.

b) ETAPA DE LA RECONQUISTA.—Si el Pilar Santo fué durante la época del Imperio Romano, como el mástil de la nave hispana en rumbo a sus providenciales destinos, al saltar hecho astillas al empuje de los bárbaros, el solio de Augusto, la Santísima Virgen reunió bajo su manto azul, aquellas tribus de suevos, vándalos, alanos, visigodos, y quebrantó con su planta la cabeza de la hidra arriana, de aquella herejía que al negar la divinidad del verbo, de rechazo negaba a María la suprema prerrogativa de Madre de Dios.

El Concilio III, de Toledo, es la Carta Magna de la Unidad, no solo religiosa, sino política de España, y desde entonces los reyes son, los paladines del catolicismo y de María Santísima. Sisenando, Liuva II, Chindasvinto, Wamba, enarbolan en lo más alto de sus alcázares los estatutos que la profunda ciencia y piedad de los grandes Prelados Leandro, Isidoro, Braulio, Ildefonso, Julián, bajo cuyos pastorales cayados el espíritu católico y mariano-español, culmina en fulgurantes resplandores de sentimiento patriótico, presidido por la devoción a María Santísima, *siempre Virgen y Madre de Dios*.

Tras estos gloriosos días, se eclipsó el astro de la fe y del pa-



triotismo en España. El justo azote de Dios descargó sobre sus prevaricaciones y las aguas del Guadalete teñidas en sangre, fueron símbolo de los torrentes que habían de abnegar y purificar nuestro solar ; pero en esta misma penosa y purificadora ascensión y reconquista, la estrella de su rumbo hacia Dios, fué la celeste visión de *Santa María*.

Evocar las etapas de esta Cruzada siete veces secular, es reseñar otras tantas advocaciones de la Virgen Madre, como piedras miliarias en los caminos terrenos y espirituales de España. Vida inquieta; en palpitaciones de luchas exteriores e interiores, de avances y retrocesos en vaivén siempre impelente, como las aguas de un diluvio regenerador, que llevan sobre las crestas de sus ondas, el arca de la Devoción confiada y ferviente del pueblo hispano, a la Virgen Santísima.

Y es Covadonga, para Pelayo ; es la Peña, para García Giménez ; son Valvanera y la Almuñeda, para Alfonso VI y Santa María de Nájera, para D. García ; es la Virgen de los Reyes sobre el arzón de la Silla de S. Fernando ; es en fin, la pléyade de advocaciones que como inmenso campo de azucenas cubre los ámbitos de España, y ante la que se inclina toda cabeza, desde las humildes de los percheros, hasta la altiva del Cid, que no se humilla ante postestad humana alguna.

Son aquellas heroicas Ordenes Religiosas brazo de la Patria y llamarada de Religión ; nombres de epopeya, a cuyo acento vibra todo corazón español bien nacido ; Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa, que se ponen bajo la advocación de María, ante cuyo altar vela las armas el caballero novel y hace el voto singular de defender, aún a costa de su sangre, el glorioso privilegio de su Inmaculada Concepción, como altísimo exponente de subidos quilates espirituales, hoy incomprensibles.

Y el pueblo español, desde la populosa ciudad a la insignificante aldea, palpitaba en la fiebre patriótico-religiosa. Municipios y Cortes, la más humilde y la más alta manifestación pública de esta vida, a porfía desde plena Edad Media se proclaman más aún que al amparo de sus fueros, al amparo de la Santísima Virgen. Valiéndonos de una frase bíblica, podríamos condensar esta expansión y solidez del Catolicismo merced a la devoción filial a la Santísima Virgen, en aquellas palabras de Cristo a Abraham : «Cuenta las estrellas del Cielo si puedes». Templos, ya entre las breñas de las montañas de Asturias y Aragón con los balbuceos



del arte milenario, ya las armónicas obras del recogido románico de las monacales abadías, ya el ojival en arranque hacia lo alto; piedras hechas oración y vida de fe, que hicieron de nuestra Patria un himno de arte y de piedad a Cristo, y a su Madre la Bendita entre todas las mujeres, y a Ella la dama de los más altos pensamientos de todo español, soldado de María y soldado de España, que sabía hacer de los alcázares agarenos, alcázares españoles y de las mezquitas musulmicas, iglesias dedicadas a Santa María; que a Ella le fueron casi todas las nuevas Catedrales consagradas al culto cristiano.

La lengua española podemos decir que fué santificada por la misma Virgen María en sus primeros balbuceos y que creció al calor del manto de María; Gonzalo de Berceo «el cantor de la gloriosa Madre de Dom Jesu-Chisto»; Alfonso el Sabio, que ya levanta vuelos con atrevimientos de águila en sus «Trobas y Cántigas» y tantos y tantos otros piadosos vates que templaron sus cítaras y modularon sus arpegios, unas veces con populares expansiones, otras con sotiles rimados de Teología y Biblia en loores de la Madre de Dios, para que el pueblo los cantara, o embelesado los escuchara.

Y las clásicas Universidades españolas, luminosos faros a lo largo del litoral de la Edad Media, así como fiel expresión del pensamiento y de la devoción de nuestros mayores, aquellos centros gloriosos donde no había castas ni privilegiados, aquellos claustros y aulas donde en cristiana y digna confraternidad se entrecruzaban el vástago de la más alta alcurnia y el plebeyo de la minúscula aldea, también rivalizaron en férvida devoción y entusiasta defensa de las grandezas y prerrogativas de la Madre de Dios, con abundantes, elocuentes y variadísimos testimonios que cual caballeros andantes de la ciencia al servicio de la que es «Sede de la Sabiduría», les presentan, antes de poner sobre sus hombros la ambicionada muceta de los grados académicos, jurando defender con la espada de la dialéctica y aun con la toledana, los misterios y privilegios de la Virgen Santísima. Palencia, Salamanca, Valladolid, Alcalá... áureos nombres de Universidades y Estudios, en cuyas puertas campea con líneas de fe y de cultura, el clásico lema: «Ave Maria Gratia Plena». Sería omisión mezclada de ingratitud, no dedicar unas líneas al gran Apóstol que padre de nuestra fe cristiana en su



primera siembra, fué luego adalid y abanderado de Cristo y de su Madre en la Reconquista de esa fe.

La tradición española con cimientos seculares y nombres triunfales, cual Clavijo, Simancas, S. Esteban de Gormaz, Navas de Tolosa, ha perpetuado el patrocinio de Santiago a las armas cristianas en sus luchas contra el infiel; el grito de «Santiago cierra España» con el que como tromba se lanzaban nuestros antepasados contra sus enemigos, sin detenerse a contar su número; el voto de Santiago, perenne monumento de incontrastable elocuencia, contra el que rompen sus venenosos dientes malévolos y envidiosos críticos, recomidos de encono contra España y contra la Santísima Virgen. Las incontables peregrinaciones sacroguerreras de la Edad Media al Sepulcro del Glorioso Patrón; éstas y otras mil muestras del espíritu español, son el grandioso coro que proclama aquella bellísima antifona del Rezo dedicado al Santo de Compostela. «Nos visitó Dios por medio de su Santo Apóstol y nos salvó de nuestros enemigos». El que blandió la espada de la palabra divina para ahuyentar de nuestros confines el error y la idolatría, blandió la de su amor patrio en los campos de batalla y lanzó su corcel irresistible sobre los más densos escuadrones enemigos.

c) ETAPA ANTE EL PROTESTANTISMO.—El cuarteamiento que en todo el edificio religioso y social de Europa produjo el Protestantismo, lo contuvo Dios valiéndose de España, cuyo brazo, lengua y corazón, fueron el dique contra ese apocalíptico desbordamiento. La providencial unidad política llevada a cabo por los Reyes Católicos por antonomasia, Fernando e Isabel, y el ferviente celo de pureza de la fe, dió a España una fuerza exterior e interior, cual era precisa en los planes divinos, para actuar de paladín en todos los continentes, pero sobre todo en Europa contra la herejía y el cisma, caótico y bárbaro amasijo de errores, concupiscencias y abyección violenta, que por llamarse algo se llamó Protestantismo.

La lucha de casi siete siglos que termina al brillar la cruz de Cristo en la más alta torre de Granada, ha dado al pueblo español una jamás superada fortaleza en la defensa del tesoro del Evangelio. Por eso los primeros huracanes de la mal llamada *Reforma*, ni ligeramente sacudieron la superficie de los mares espirituales de España, mientras en otros pueblos causaron los terribles naufragios cuyos estragos duran todavía.



El pueblo español que encerró toda la epopeya de la Reconquista en sus luchas de cristianos contra infieles y judíos, enemigos a la vez de Cristo y de la Patria, con su delicado y profundo sentido católico comprendió que la nueva herejía llevaba combinados gérmenes que atacaban no menos el Arca Santa de sus creencias, que la pacífica dignidad de sus hogares; por eso en todos los campos en que se combatió al Protestantismo, formaron en vanguardia los hijos de España.

El Imperio que Carlos V unió a la corona de España, echó sobre ésta, la no menos abrumadora que honrosa empresa de combatir en Alemania con las armas, a aquellos insolentes y ambiciosos príncipes germánicos, que buscaron en la cacareada libertad de conciencia un pretexto para sus medios, cuando no para justificar inconfesables concupiscencias, de espaldas a toda justicia y honestidad.

Los enemigos y envidiosos de la gloria de España, como Francia e Inglaterra, en anticipada táctica secular, apoyaron a éstos, traidores a su príncipe natural y apóstatas de su fe, con el fin de debilitar o cansar a nuestro pueblo en tan prolongadas luchas, por una causa tan ultraterrena como la pureza de la fe. Pero si el ánimo de Carlos V no cedió a estas embestidas, que soportaron y contuvieron los soldados de España, Felipe II, su hijo, la más fiel expresión del alma española, católica ante todo, culminó en la defensa de la pureza de esta fe, y por ello hizo frente a toda la coalición anti-católica y anti-española que comenzaba en turcos y berberiscos, se entrelazaba con ingleses cismáticos y piratas, para continuar con franceses calvinistas, prolongándose, en incomprendible ceguera, hasta inverosímiles anillos de una cadena que pretendía extrangular el cuello de nuestra Patria. Las victorias en los campos de Alemania, Flandes, Frisia, Picardia, y en ocasiones las catástrofes como la de la Invencible, son otros tantos capítulos del gran martirologio de España por Cristo.

Y en el interior de la Patria el microbio de la herejía que repetidas veces intentó infiltrarse por las vías y medios más sutiles, no logró contaminar la vigorosa vida Católica de España. Se ha dicho que fueron los terrores de la Inquisición los que lo impidieron; hoy tan aparatosa afirmación sólo puede hacer efecto, en los espíritus obscurecidos. La verdad es que las sanciones, legales y corrientes, puestas por la Inquisición son un porcentaje minúsculo en proporción de las hecatombes que en las libérrimas Inglate-



rra y Francia, y en las zonas dominadas por los déspotas jefecillos alemanes y holandeses, produjeron aquellos feroces tribunales, al servicio de rencores y caprichos monstruosos.

Fué el espíritu español hondamente inmunizado contra el virus del error, la causa principal de conservar ésta inatacable rectitud de pensamiento Católico. Este espíritu que sabía que la Iglesia Católica quería la verdadera Reforma, la que había iniciado San Vicente Ferrer, la que habían impulsado los Reyes Católicos con Fray Hernando de Talavera, con Cisneros; la que difundieron San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, es decir, de una vida más pura, de unos anhelos de perfección celestial, de sacrificio, de elevación a lo alto, no las abyecciones de un apóstata y sacrílego Lutero, de un desenfrenado Enrique VIII, de un satánico Calvino, por no citar más que estos dignos padres de tan abominable absurdo sólo por sarcasmo capaz de ser llamado Reforma.

Como milicia espiritual de choque contra el Protestantismo hizo Dios brotar la Compañía de Jesús, cual hiciera aparecer la Orden de Predicadores del mejor de los Guzmanes, contra los Albigenses, lógicos ascendientes de los luteranos; y fué el español Iñigo de Loyola el instrumento providencial que fundó y organizó esa Compañía, cuyo bélico nombre era la advocación de aquel hidalgo, educado en el corazón de Castilla, en la Corte de los grandes Reyes Católicos, en aquel fuerte ambiente sacro-militar que entonces envolvía a Arévalo, Medina, Segovia, Avila; las ciudades señeras de la Patria. Allí se formó el temple del bravo capitán que, derivado no tanto por el enemigo proyectil como por mano de Dios, se levantó maltrecho de cuerpo y gigantesco de espíritu, para inyectar divinizada en su mística y dinámica Compañía, la acometividad y altura de miras que en el orden natural él había aprendido de aquellas compañías y tercios Castellanos, sin rival en los ejércitos de Europa, todo el espíritu del pueblo español, teólogo, luchador, misionero, quedó mágicamente cristalizado en la Compañía, brazo fidelísimo e incansable de la Iglesia.

Y por último, el Concilio de Trento, divino antídoto opuesto por Dios al cáncer de la herejía y del cisma, es para España en el orden católico, una de las más valiosas glorias que pueblo alguno de Europa pudo emular.

Los generosos esfuerzos de Carlos V y Felipe II para su celebración, a la que cooperaron con el prestigio de su autoridad y los



espléndidos donativos del erario, los inmortales teólogos y juristas que como Domingo Soto, Vega, Lainez, Covarrubias al servicio de los Pontífices brillaron como astros de primera magnitud en el cielo de la Iglesia ; la profundísima veneración con que en nuestra Patria se recibieron los decretos del Concilio... son otros tantos elocuentísimos testimonios de aquella fe sembrada por el Apóstol Santiago en las márgenes del Ebro, bendecida por la Santísima Virgen en personal visita, aquella fe regada con la sangre de innumerables mártires, aquella firmeza que resiste las embestidas de los procónsules romanos, de los arrianos, de los fanáticos musulmanes, estaba bien arraigada en las entrañas del pueblo de la predilección de María, estaba como yedra tenazmente abrazada al Santo Pilar.

España, digámoslo con legítimo orgullo y agradecido corazón, sirvió y adoró a Dios y veneró a su Madre como ningún otro pueblo de la tierra en sus áureos días ; y premio y blasón anticipado de su gloria fué enriquecerla Jesucristo y su Madre con dilatar su imperio espiritual más aún que el otro inmenso en que no se ponía el sol y tomarla como el principal instrumento para llevar la luz, verdad y gracia redentora a las nuevas latitudes, sacadas de las tinieblas y sombras de muerte, por aquella gran Reina que puso bajo el manto de la Santísima Virgen la empresa de América y que menospreciando provechos materiales tuvo como lema de sus pensamiento para con las Indias :

«DADME AQUELLAS ALMAS,

Y

QUEDAOS VOSOTROS

CON TODO LO DEMAS».

A. M. D. G.

Una A. A. de las Hijas de Jesús





## PREMIO SEGUNDO

LEMA: «Pilar bendito,  
Trono de gloria,  
Tu a la victoria,  
Nos llevarás.»



El hervor impaciente, el gesto resuelto de entrega con que fué acogido en nuestra Patria el Cristianismo, es nota de asombro en la historia religiosa de España. Este temprano florecer del Cristianismo tiene por causa providencial, el encuentro gozoso y fecundo de dos poderosas urgencias: la sagrada preocupación apostólica por España, que deja entrever los destinos de Dios en ella, y la disposición natural de los pueblos españoles: grupos étnicos de historia oscura que se fundían lentamente en el cuenco matriz de nuestro suelo, para formar una raza igual siempre a sí misma. «Era magnífica el alma de aquellos hombres». Sabían hacer bien las cosas, sabían vivir, sabían morir. Solo les faltaba saber para quien hacerlas, para qué vivir y para quien morir.

ESTA NOTICIA VENIA DE ORIENTE

Pobres y felices, Zebedeo y sus hijos remendaban sus redes señados en la ribera del mar de Galilea. Las aguas rizaban sus juegos de espuma en la orilla. De pronto alzan la cabeza porque se acerca alguien y se detiene. Dejan de trabajar y contemplan la dulce figura que tienen delante: Jesús el de Nazaret. Jesús mira a los dos mozos de ardiente expresión. Los mira y los llama con su voz, después de haberlos llamado con su mirada. «Venid conmigo, quiero que seáis pescadores de almas». No escuchan más. Ni pueden razonar, ni pueden resistir. Sueltan al punto sus redes y



se acercan a Jesús que al tenerlos consigo los cambia el nombre de familia. Seréis «hijos del trueno». Y como el rayo, que nace entre el fragor del trueno, serán ellos también en su acción y en su vida, ardientes y fulminantes. Pero el más vehemente de los dos hermanos y de los Apóstoles, para las grandes empresas definitivas, fué Santiago.

Para todo lo arduo tuvo prisas. El fué el primero entre los Apóstoles en padecer el martirio, él fué también el primero en abandonar Palestina para evangelizar el país que se le atribuyó. Este país era España. ¡Y qué bien cuadraba en el temperamento de las gentes de España la disposición fácil y simpática del temperamento del Apóstol! Una nave griega o fenicia le trae a las costas españolas. Dirige su acción hacia el campo de los gentiles; se atrae alguno de ellos; informa su vida cristiana, y luego, ilusionado y ardiente, parte a otras ciudades para esparcir la «Buena Nueva»: para acercarse a las almas en nieblas y depositar en ellas, tembloroso y dorado, el nombre de Cristo.

#### A LAS ORILLAS DEL EBRO

En la ciudad entonces pagana, en Zaragoza, orgullosa de su nombre augusto y de su río, Santiago, según la tradición, se sintió desfallecer de cansancio. El Apóstol y sus compañeros acampan en las riberas del Ebro; acaso entre unas ruinas. Quizá una vaga nostalgia le hacía recordar su tierra bendita, sus hermanos de apostolado, su hermano Juan, feliz de custodiar a su lado y aún en vida, en sagrado depósito, a la Madre del Maestro, la Virgen María. En esto, como respuesta a la evocadora añoranza la Santísima Virgen se le aparece sobre la recortada eminencia de un pilar de mármol y le conforta y le anima para que en aquel mismo lugar erija un templo («el primer templo a María.»)

La fundación de la excelsa capilla, señala un momento solemne en España: el principio de una fe que durará perenne e inmovible hasta el fin de los tiempos. Y esta unidad profunda de creencia, ha hecho a España: ¡Una, Grande, Libre! Solo por ella adquirió vida propia y conciencia de su fuerza única.

#### LA UNIDAD DE ESPAÑA SE LA DA EL CRISTIANISMO

La Iglesia nos educó a sus pechos con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos gran Nación, ha dicho Menéndez Pelayo. No



elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista, ni la sabiduría de los legisladores ; la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos ; la hizo el sentimiento cristiano.

«LA REGARON CON SU SANGRE LOS  
ATLETAS DEL CIRCO DE TARRAGONA,  
LAS VIRGENES EULALIA Y ENGRACIA,  
LAS INNUMERABLES LEGIONES CESAR-  
AUGUSTANAS.»

Después de la regia y maternal visita de la Santísima Virgen a Santiago, éste cosecha para Cristo abundantes y sabrosos frutos en su predicación. Cesaraugustanos e hispanos van engrosando, sin cesar, las filas del cristianismo e incommovibles como el Pilar, junto al que oyeron, al Apóstol, ellos y las posteriores generaciones, confiesan valientes la nueva religión del Crucificado ; desafían persecuciones de furiosos enemigos y acuden generosos a derramar su sangre por Jesucristo, sellando así la fe que les predicó el Apóstol y les confirmó la Virgen con su visita. Y como cantó el gran poeta cristiano Prudencio.

*Cesaraugusta, Tú...*

.....  
*Tú sola al paso del Señor pusiste,  
Mártires sacros en legión inmensa,  
Sola Tú, rica, de piedad espejo,  
Rica en virtudes.*

La Virgen del Pilar y los mártires son la gloria de Zaragoza cristiana. Confortada con su fe junto al Santo Pilar, animada por el ejemplo de sus gloriosos mártires, España entera es una Zaragoza, un venero mariano, el Reino de María ; probando hasta el heroísmo que está dispuesta a perder la última gota de su sangre, antes que perder el «rico tesoro» que la hizo grande y depositaria de la divina promesa hecha al P. Hoyos por el Sagrado Corazón : *Reinaré en España con más veneración que en otras partes.*

«A LOS RUDOS GOLPES DE LAS RAZAS  
BARBARAS CAYO POR TIERRA EL IMPE-  
RIO ROMANO MAS LA FE DE ESPAÑA  
PERMANECIO FIRME.»

Y sostuvo contra ellas una lucha colosal ; pero así como fortalecida por el amor de María había sabido triunfar del paganismo, así vió caer rendida a sus pies la herejía arriana de los pueblos bárbaros ; y desde esta época, español y católico amante de María fueron cosas en cierto modo sinónimas. ¡ Epoca en que la



civilización española era la más adelantada del mundo cristiano; época en que se celebraron aquellos sapientísimos y santos Concilios de Toledo!; en que se dió a España la «perla» de la unidad católica que la mantuvo firme como su Pilar, ante la invasión musulmana y ante todas las herejías.

«LA RECONQUISTA DE ESPAÑA, FUE LA  
RECONQUISTA DEL PATRIMONIO DE  
MARÍA.»

*Nuestros padres sus ojos a Tí volvieron  
y una Patria en los tuyos adivinaron...*

Cuando los musulmanes se apoderaron de España, un grupo de valientes en los desfiladeros de Covadonga, postrándose ante la imagen de María y en su nombre, juran que arrojarán de España a los hijos del falso profeta, y que los templos de María han de levantarse otra vez en todos los pueblos españoles, sin que en sus dominios haya un solo hombre, que no doble la rodilla ante la inmaculada grandeza de la Emperatriz de los Cielos. Y ya entonces en pleno dominio sarraceno, Santa María del Pilar de Zaragoza era el consuelo de los que en la lucha de ocho siglos caían esclavos o prisioneros de los agarenos.

Con el avance de las armas cristianas no solo en Aragón sino en Castilla, se propagó la devoción de la Santísima Virgen del Pilar a las tierras y ciudades liberadas sucesivamente, del yugo-sarraceno. La Virgen del Pilar era y ha sido siempre, entonces como ahora, la égida de protección en la lucha entre la fe española y los que tratan de arrebatarla. Ella levanta ejércitos, Ella asiste a nuestras batallas y alienta a nuestros reyes; Ella recobra nuestros pueblos y Ella corona nuestras victorias.

ERA EL 16 DE JULIO DE 1212

Los ejércitos cristianos, castellanos, navarros y aragoneses, se reúnen sobre las cumbres de las Navas de Tolosa: entran en batalla contra las tropas musulmanas «numerosas como las arenas del mar» y miles de cadáveres moros, dan testimonio del triunfo gloriosísimo de las armas españolas. El Sumo Pontífice Inocencio III recibe una carta de Alfonso VIII. En ella se encuentra la clave de la victoria. «Estaba la imagen, dice el gran monarca, estaba la imagen de la Santísima Virgen sobrepuesta en todas nuestras banderas.»

La reconquista de España, se ha dicho, que fué obra de María.



La historia lo confirma. Los reyes más destacados de la gloriosa gesta hispana fueron siempre devotísimos de la Santísima Virgen. Recordemos a Jaime de Aragón que peleó siempre en su nombre ; a S. Fernando de Castilla que la llevó siempre en las batallas ; y al entrar en Sevilla dió a María los honores de *Victoriosa Conquistadora* ; Alfonso XI la nombró su «Senyora et Abogada de todos sus fechos.»

Desde Covadonga hasta Granada nuestros triunfos fueron coronados por María. Fueron suyos.

Las batallas de España fueron siempre, las batallas del Señor, las batallas de María. A ellos consagró España el poderoso brazo de sus invencibles soldados, sus reyes tenían en más que todos sus tesoros, la salvación de sus almas, el triunfo de la fe cristiana.

«NO PERMITAIS, JESUS MIO, QUE REINE  
YO SOBRE PUEBLOS QUE NO OS CONOZCAN  
::: NI CONFIESEN.» (Felipe II) :::

Corría el año 1517. La herejía sembrada por Lutero va a extender sus garras de muerte sobre Europa, desgarrando parte de sus naciones, del centro vital de la Iglesia, fundada por Nuestro Señor Jesucristo. En tal estado, España, la España del Pilar, la España de los amores de María se levanta como campeón del Catolicismo y esta nación que había combatido ocho siglos espada con espada, a los sectarios de Mahoma, alza su voz para combatir doctrina con doctrina, a los sectarios de Lutero ; y en Trento doscientos españoles gloria y prez de nuestra Patria, influyeron de una manera positiva en la vida moral y religiosa de Europa y en los destinos de la humanidad. Prelados y teólogos españoles fueron los definidores más sabios y los reformadores más vigorosos del Concilio : Arias Montano, Melchor Cano, Diego Lainez, Martín Pérez de Ayala, etc., etc.

#### Y... COINCIDENCIA PROVIDENCIAL

En Alemania rompe Lutero la unidad religiosa. En España un hombre del siglo, un militar, se levanta a defender la potestad pontificia, el dogma católico y la unidad de la Iglesia, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. La forma que dió a su institución, no podía ser más adecuada a sus fines. La Reforma desconocía la autoridad pontificia. Ignacio de Loyola establece por base esencial de su Instituto obediencia y sumisión ciega a la Santa Sede. La herejía se había propagado, no con la



espada sino con la idea y la predicación : la Compañía de Jesús había de ejercer su influjo educando, enseñando e instruyendo ; había de catequizar dirigiéndose a la razón y a la conciencia. Ahora bien, este hombre providencial, ¿dónde adquirió la fuerza avasalladora de su empresa? A los pies de la Santísima Virgen. Ella siempre de España y siempre llena de gracia, la derramó a manos llenas sobre su pueblo fiel y no permitió que el ciénago que sepultó en la herejía pueblos enteros, se enseñorease de su España, la España del Pilar ; la de los héroes que supieron llevar su nombre a todos los ámbitos del globo y morir por Ella y por su Dios ; la de los reyes que supieron desafiar con su espada, a quien osadamente se atrevió a blasfemar de nuestra Reina y Madre ; la de los santos, sabios y artistas que han cifrado su dicha en ensalzarla ; la España de los prestigios y de las maravillas «Menéndez Pelayo». «Pueblo en que cada español, cual otro Josué sintió fe y aliento, para derrocar los muros al son de sus trompetas, o para atajar al sol en su carrera. Por eso en los arcanos de Dios estaba guardado a la España de María, el hacer sonar la palabra de Jesucristo en las gentilidades más bárbaras ; el hundir en el golfo de Lepanto las soberbias naves del turco y salvar la Europa Occidental del segundo amago del islamismo ; el romper las huestes luteranas en las marismas bánavas con la espada en la boca y el agua a la cintura y el entregar a la Iglesia Romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.» Ya lo dijo el poeta :

*Cuando hay que realizar la maravilla  
de alguna nueva hazaña,  
los Angeles que están junto a su silla,  
miran a Dios, y piensan en España.*

¡ Oh María ! En Tí está el origen y grandeza de todas nuestras glorias ; ¡ Tú eres vida, dulzura y esperanza nuestra !

*María Begoña Ruigómez*

4.º Curso de Bachillerato

Bilbao, 7 de Marzo de 1940.—(Fiesta de Santo Tomás)



## TEMA CUARTO

### 1.º Premio

LEMA: Corazón que ante tu planta  
no adore grandeza tanta  
¡muerto o podrido ha de estar  
Garganta que no te canta  
¡muda debiera queda!

(Gabriel y Galán.)



Encantada, con los Bellos rincones de  
mi Patria

Entre la inagotable cantera de tradiciones patrias, ninguna subsiste tan pujante y vigorosa como el amor sin límites que España siente por la Reina de los Cielos, la Excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Sí; España es Mariana por excelencia. Díganlo los innumerales santuarios, que esparcidos por doquier, encierran entre sus sagrados muros la preciada reliquia de la Imágen de la Virgen, en sus diversas advocaciones. De Asturias a Andalucía, desde Valencia a Galicia, no existe lugar alguno, por insignificante que sea, en que no pregone las glorias de María un templo suntuoso o, cuando menos, alguna humilde capilla a su culto dedicados.

Los escritores dedican a Ella lo más selecto de su prosa; los poetas sus más cálidas e inspiradas composiciones; los pintores las primicias de sus paletas; los músicos las más delicadas y armoniosas cadencias de sus arpeggios y, en fin, el himno sublime y perenne de alabanza a María Inmaculada.

A esta fe que los españoles sienten por tan Augusta Señora, Ella corresponde impetrando de su Divino Hijo raudales de gracias que, torrencialmente vierte sobre el pueblo español. Recientes están aún las clamorosas victorias alcanzadas por el Ejército



Nacional sobre las hordas rojas, sicarias de Moscú, en las cuales bien patente se ha mostrado la protección de la Virgen que, con su ayuda poderosa, ha hecho de cada trinchera una fortificación inexpugnable y de cada soldado un héroe que, con sus portentosas hazañas, ha sido el asombro del mundo entero. Magistralmente expuso este concepto el malogrado Siurot, cuando en una de sus charlas desde el micrófono sevillano, decía:

«El cielo está azul, azul puro. Una nube blanca como lana de un recental, como nieve en una cresta Vetónica, se junta con lo azul y sobre las inmensas multitudes de soldados cristianos, ondean en el cielo los dos colores de la Inmaculada. La Virgen está con nuestros defensores. Hace de madre, de hermana, de reina, de diosa. Es Ella el más fuerte de los valores imponderables que animan la guerra, elevándola a la categoría de cruzada, palenque donde las nobles ideas humanas luchan con las negaciones de la locura y del odio».

«La Virgen está con nuestros defensores». Evidentemente. Desde el principio de la contienda, martirio de España con que la Divina Providencia nos ha deparado el patrio y religioso renovar, Ella ha guiado a nuestro Ejército victorioso que, a no tener tan poderosa Capitana y soldados tan valientes, hubiera sucumbido bajo el empuje numérico del adversario. Hablen por mí las escasísimas fuerzas que en los primeros días de la guerra, y en fechas posteriores, guarnecían el frente de acceso a Segovia y que, con heroísmo insuperable, contuvieron siempre la avalancha roja que insistentemente pretendían clavar sus garras en la tranquila ciudad castellana del Eresma... ¡Vano empeño! Desde la gigantesca atalaya de la gótica mole catedralicia, donde la piedad de los fieles la ha trasladado, la Virgen de la Fuencisla vela por los segovianos, infunde aliento a nuestras tropas y nos depara tan valientes Generales como Serrador y Varela, éste hijo adoptivo de Segovia, que al frente de aquéllas y ocupando el primer puesto en el combate, pulverizan la ofensiva roja y, cual enviados celestiales, con el Guadarrama marcan una línea que jamás será rebasada por el enemigo, quien contempla a distancia la anhelante presa que reposa tranquila y confiada, sintiéndose segura con tan excelentes guardianes, como son la Virgen de la Fuencisla y los invencibles soldaditos de Franco.

En mi calidad de segoviana, permítaseme intercalar aquí mi más fervorosa oración de acción de gracias hacia mi excelsa Patrona



que, con su poderosa ayuda nos libró de las penalidades y tormentos sufridos por nuestros hermanos de la zona roja.

Y todos estos favores los derramaba la Virgen sobre nuestros combatientes porque cada soldado era a la vez héroe de la Patria y de la Fe que, en el fragor de la lucha, entre el tronar de los cañones y el tabletear de las ametralladoras, la hacía ofrenda diaria de su noble corazón, relicario en que guardaba, junto a sus más caros recuerdos, la Purísima imagen de María. Y triunfó España, porque triunfó la Virgen ya que «Ella y España son dos notas que se unen en un acorde emocionante de belleza y de vida».

Solar de héroes, cuna de grandes santos, patria de insignes teólogos y sabios eruditos, España será siempre el centinela avanzado de la fe que nadie, ni nada, podrá arrancarla.

Pero de todas las advocaciones con que se honra a la Madre de Dios, ninguna tan antigua, popular y extendida en España como la de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de Zaragoza.

\* \* \*

¡ Zaragoza ! ¡ El Pilar ! Dos nombres tan íntimamente relacionados que, no es posible recordar uno, sin que fluya a nuestra memoria el otro pues, en expresión de un gran poeta «una misma cosa son Zaragoza y el Pilar». Y es, porque la vida toda de la capital aragonesa, tiene su fulcro en la inestimable Imágen que un día les legara la propia Virgen, en la visita que hiciera al Apóstol Santiago en las márgenes del cristalino Ebro.

Corría el año cuarenta de la Era Cristiana. Santiago el Mayor se encontraba en Zaragoza predicando la doctrina de su Divino Maestro y he aquí que una noche que aquél se hallaba en oración, fué sorprendido por un coro de armoniosas y delicadas voces que entonaban el oficio de los maitines de la Virgen y entre dos coros de milicias angélicas, vió a la Soberana Señora que, llamándole hacia sí, le dijo : «He aquí, hijo mío, el lugar señalado y escogido a mi honra. Fíjate atentamente en este Pilar en que descansan mis pies. Mi Hijo, que es tu Maestro, lo ha hecho traer desde el Cielo por medio de sus ángeles, y colocará un altar junto a esta Columna. La virtud del Altísimo, obrará en este lugar extraordinarias maravillas en favor de todos los que vengan a implorar mi socorro».

Y como prenda del inmenso amor que por España sentía, nos dejó su Sacratísima Imágen, también traída de las celestiales re-



giones y que los propios ángeles colocaron sobre el Pilar, prometiendo al Apóstol: «Este Pilar permanecerá aquí hasta el fin del mundo y nunca faltarán en esta ciudad verdaderos cristianos».

En cumplimiento del virginal mandato se dió rápido principio a la construcción del Templo, en cuyos trabajos se puso todo el entusiasmo y fe, factores que dieron como resultado la monumental Basílica que, pletórica de bellezas artísticas y riquísimos tesoros (joyas, metales preciosos, ornamentos, etc.), es hoy admiración de propios y extraños, siendo el primer templo dedicado a la Santísima Virgen, ya que aun viviendo, se la daba culto y veneraba en él, al propio tiempo que la Soberana Señora habitaba su humilde casita de la ciudad de Jerusalén.

He aquí expuesto sucintamente el hecho milagroso de la venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza, cuyo aniversario celebra la cristiandad el 2 de Enero, y que este año, coincidiendo con el XIX centenario, ha revestido caracteres de inusitada grandeza y esplendor.

Cuán grande sea la devoción que los aragoneses sienten por su excelsa Patrona, lo prueba el hecho de que durante todo el día y parte de la noche, no cesa el desfile de personas que acuden a la Santa Capilla, para contar sus cuitas y dar gracias a la Virgen, centro de sus más caros amores, pudiendo asegurar los que hemos tenido la inmensa dicha de ser testigo de ello, que ni un solo momento de los que permanece abierta la gran Basílica, se ve libre de fieles orando ante la Sagrada Imagen, o formando en cola, para adorar el Pilar que, como es vulgar, se encuentra desgastado a fuerza de besarlo durante veinte siglos. Así lo canta la copla, oración popular que, entre el incienso musical de sus rondallas, la elevan los aragoneses como ofrenda purísima del alma de sus hijos:

«Quise visitar a solas  
a la Virgen del Pilar  
y aunque fuí a todas horas,  
nunca lo pude lograr.»

O según reza esta otra:

«No dirás que tu visita  
la hemos «dejao» sin pagar,  
que Virgen más visitada,  
ni la ha habido, ni la habrá.»



Tan grande es el amor que los zaragozanos sienten por la Virgen del Pilar, que cualquier menosprecio de que se la haga objeto, de palabra o de hecho, constituye la mayor ofensa que pudiera inferirse a un baturrico.

«Armados los baturricos  
defienden a Zaragoza  
y te dicen. «Duerme, Madre»  
que aquí está la gente moza.»

Pero es que esta devoción a la Virgen del Pilar, no queda enmascarada en los reducidos límites de una provincia o de una región, sino que, como ya hemos apuntado, adquiere caracteres de nacional y aun en ocasiones de internacional. No existe español alguno, si de corazón lo es, que haya puesto su planta en Zaragoza sin dedicar una gran parte del tiempo de su estancia a contemplar las estupendas maravillas que encierra la Catedral del Pilar, orando ante la Virgen; y en el aspecto internacional, basta considerar las frecuentes y nutridas peregrinaciones que, por los años 1298 y 1299, aflúan a visitar a la Santísima Virgen atraídos por los innumerables milagros obrados, según nos cuentan sus mejores cronistas, milagros que varios Papas atestiguan en sus documentos Pontificios, sobresaliendo de todas la que podríamos llamar *Magna Peregrinación* nacional y extranjera, con motivo de la Coronación Pontificia de la Virgen del Pilar, en el año 1905.

Y si desde remotas fechas ha sido la gran Basílica zaragozana el imán que atrajo las almas de los creyentes, en la época actual continúa esa fuerza de atracción sobre el corazón de los cristianos españoles, amplificada, si cabe, siendo dos los motivos principales de ello: el triunfo de las armas nacionales y el XIX centenario de su venida. El primero de estos motivos ha contribuido también, en gran manera, a aumentar el entusiasmo del segundo, ya que si con su venida nos trajo la paz del alma, en este primer Año de la Victoria, nos ha alcanzado de su Hijo, la paz del cuerpo, haciendo que cesase la terrible guerra que por espacio de tres años ha sufrido nuestra querida España (llenando de luto tantos hogares) con el triunfo de la fe sobre el ateísmo, de la esperanza sobre la desesperación, y de la caridad sobre el odio, virtudes sublimes con la que los buenos españoles, hijos agradecidos, queremos tejer hermosa diadema, que ofrendamos rendidos, a la Augusta Mediadora de tan señalado favor.



«Tu sola puedes salvarnos», dijo orando ante la Virgen del Pilar el llorado General Mola y esas mismas palabras habrá repetido no pocas veces, nuestro invicto Caudillo Franco, para quienes la Santísima Virgen ha alcanzado, respectivamente, la corona inmarcesible de la gloria y el premio a sus constantes desvelos con una aplastante victoria sobre el enemigo.

¡Cuán justificadas son, pues, las continuas peregrinaciones que de todas las provincias españolas parten para ofrecer sus tesoros de agradecimiento a la Santísima Virgen bajo la simpática advocación—por muchos conceptos españolísima—del Pilar! ¡Y cuán bien se cumplen los deseos del Sagrado Corazón de Jesús cuando dictaba a la M. Rafols: «Quiero sea invocada de todos los fieles mi Santísima Madre del Pilar con el rezo del Santo Rosario y que vayan de todas partes a su Santa Capilla, establecida por mí Apóstol Jacobo, en Zaragoza!»

Sobre esta tierra bendita, «cubil de leones» en calificativo de Napoleón, y cuna de innumerables mártires, han doblado en todo tiempo su rodilla multitud de creyentes de todas las latitudes, y hasta de santos, que a este Pilar bendito acudieron a templar sus almas, para triunfar en las batallas del Señor y de él recibieron la firmeza y virtudes necesarias para sus grandes y extraordinarias empresas.

Ante la Virgen oraron Domingo de Guzmán, martillo de la herejía en la Edad Media; Ignacio de Loyola cuando parte para Manresa a tornarse soldado de Cristo y abanderado de su gloria; Luis Gonzaga, que quizá ante la Sagrada Imágen sintiera el llamamiento celestial; la propia M. Rafols que desde el Pilar marcha al Hospital para dar comienzo a su obra sublime de caridad cristiana y, en fin, la M. Sacramento, Vizcondesa de Jorbalán, que personalmente hizo la fundación en Zaragoza.

Con cuánta verdad podría esculpirse en el frontis de la monumental Basílica aragonesa:

«Aquí la cuna de la fe se encierra;  
Aquí una nueva aurora se levanta;  
¡Peregrino: descálzate! La tierra  
que estás pisando es santa».

El fundamento sólido y eficazmente espiritual de esta devoción se prueba con las innumerables gracias con que los Soberanos Pontífices la han enriquecido, resultando prolijo si hubiéramos



de enumerar todas ellas. No obstante, señalaremos algunas de las muchas con que la Santa Sede ha distinguido al Templo del Pilar :

a) Existe una gran Cruz de madera, con incrustación de varias reliquias, que fué bendecida por el Papa y traída de Roma, gozando de la gracia de poder rezar ante ella el Vía Crucis, sin moverse y ganar las indulgencias concedidas a tan piadoso ejercicio.

b) S. S. Pío X concedió para el día 20 de Mayo, fecha de la Coronación de la Virgen, el privilegio de Misa propia, en recuerdo de tan fausto acontecimiento.

c) Especialísima es la gracia concedida por el último Pontífice Pío XI, de feliz memoria, de poder tener Reservado continuo en una de las Capillas del Templo—independiente de la de la parroquia—con lo cual resulta, que el Santísimo se encuentra en tres altares, el Mayor y los de las dos capillas. Esto obedece al gran número de comuniones que se reparten diariamente y que pueden administrarse en una cualquiera de las capillas, cuando en la otra no se celebre Misa.

d) Finalmente existe en Zaragoza La Seo, suntuosa Catedral e independiente de ella el Templo del Pilar, con privilegio también de Metropolitano, y con sus dignidades propias en cada una de ellas, con lo que resulta haber dos Catedrales en una misma ciudad.

Y mil privilegios más que omitimos, en gracia a la brevedad, exponente inequívoco de lo grato que a la Santa Sede le es el Templo del Pilar, cuando tan a manos llenas ha derramado sus favores sobre él, hasta el punto de gozar de idénticos privilegios que San Juan de Letrán.

Evidentemente y por conclusión lógica se deduce, que, la popularidad de esta devoción, aureolada con tantos privilegios, ha de derivarse de los prodigios obrados por intercesión de la Santísima Virgen, y en verdad que son muchos y muy notables los concedidos por ese Pilar bendito a cuantos a él han acudido contritos y amorosos. ¡Lástima que la extensión de este trabajo no nos permita reseñarlos con minuciosidad! No obstante, lectora querida, ni puedo ni debo silenciar el reciente milagro obrado durante el Movimiento Nacional y que perdurará en la memoria de los buenos españoles, unido a otros, que por su magnificencia son dignos de reseña y propaganda :

El «gobierno» rojo en su refinamiento sectario, al margen de



las leyes de la guerra, no vaciló en bombardear lo que para los españoles todos, constituía el tesoro más preciado, el Templo del Pilar, y el 3 de Agosto de 1936 un avión, enemigo de Dios y de España, dejó caer su mortífera y destructora carga sobre las bóvedas de la Basílica con ánimo, en reto deícida, de borrar el más firme baluarte de la fe católica; pero la Santísima Virgen, que había prometido la perpetuidad de ese Pilar hasta el fin del mundo, alcanzó de su Divino Hijo el estupendo milagro de que ninguno de los artefactos caídos en el Templo hiciera explosión, no produciendo otro deterioro que el de perforación de las bóvedas, propio del gran calibre de las bombas que se encuentran expuestas a la contemplación del visitante en la misma Basílica.

Ante favor tan señalado, la lengua del creyente enmudece y es solo el alma la que, rendida a los pies de María, musita esta oración: ¡Gracias, Madre querida, gracias; pues nos has concedido la dicha de poder seguir venerándote en el mundo en tu gran joya del Pilar! ¡Honor y gloria a nuestra Virgen del Pilar!

Milagro portentoso es también, el que, siendo de madera la Imágen traída por los ángeles, resista el embate de los tiempos y a pesar de los XIX siglos transcurridos, esté como el primer día, testimoniando uno de los sacerdotes encargados del cuidado de vestirla que «jura no haberla hallado jamás polvo en el rostro».

Pero el milagro más estupendo obrado por intercesión de la Virgen del Pilar, es el de un pueblecito de la provincia de Teruel llamado Calanda. En dicho pueblo nació en 1617 Miguel-Juan Pellicero quien, procedente de humilde familia, tenía que dedicarse a las rudas faenas del campo para ganar el sustento, y a la edad de diez y nueve años tuvo la desgracia de caerse de un carro cargado de mies, pasándole una rueda por encima y fracturándole la pierna derecha.

Conducido en primer término a Valencia se le trasladó después, por propia petición, al Real Hospital de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza, confesando y comulgando en la Santa Capilla del Pilar antes de su ingreso en el Hospital, donde fué sometido a operación quirúrgica amputándole la pierna, que fué enterrada en el cementerio del mismo establecimiento benéfico.

Impedido para el trabajo se dedicó a implorar la caridad pública, por espacio de dos años y medio, precisamente a las puertas del Templo del Pilar, encomendándose diariamente a la Virgen y ungiendo el muñón de su pierna con el aceite de la lámpara



de la Santa Capilla, hasta el 1640 en que marchó a su pueblo natal donde tuvo lugar el portentoso prodigio. Una noche del mes de Marzo, hallándose el joven descansando de las fatigas del día, al entrar sus padres en la habitación pudieron ver con sorpresa que su hijo, profundamente dormido en un camastro, tenía las dos piernas. La Santísima Virgen, que no desoye las súplicas de sus amantes hijos, le había restituido la pierna amputada, ya que «buscada en el mismo lugar en que se enterró» no pudieron encontrarla.

De milagro tan extraordinario, aprobado por la Iglesia, dice un cronista del Pilar. «El milagro de Calanda es el milagro por antonomasia. Su abrumadora grandeza eclipsa la de los demás prodigios, su maciza realidad gravita sobre la mente con sensación de aplastante bloque. El milagro de Calanda es el milagro de «la resurrección de la carne».

Con cuánta razón la V. M. María de Agreda califica este Templo de «Oficina de las misericordias de la Reina del Cielo».

Es devoción a la Virgen del Pilar tradición tan arraigada en el alma española que, en expresión del Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, «Ella es el centro y guía de nuestra Historia, símbolo de nuestra gloria y base y cimiento de la Hispanidad».

Sí; el Pilar fué la pila donde nuestra Patria recibió su bautismo, naciente a la vida cristiana y a la luz de la fe católica, que fué y será siempre el norte de nuestros caminos, la inspiración de nuestras empresas, la sangre y alma de nuestra vida. Es esa piedra bendita, contra la que jamás prevalecerán los poderes infernales, la Columna que la sirvió de guía a través del desierto de su accidentada Historia para arribar a la tierra de promisión de sus gloriosas grandezas.

Concluyamos, pues, proclamando, que si grande y firme como roca, es la fe que el pueblo español siente por la Madre de Dios, el fundamento, el sostén de toda esta piedad española radica en la devoción a la Virgen del Pilar, pudiendo, como broche de nuestro humilde trabajo, decir con Sarda y Salvany: «Si todos los títulos Marianos esparcidos por el mundo son como otros tantos títulos nobiliarios que proclaman y defienden el universal señorío de María, a todos ellos preside como Reina desde su principal Trono, el Pilar de Zaragoza».

\*\*\*



Y Vos, ¡ oh Virgen Santísima del Pilar !, escuchad la fervorosa súplica que la última de vuestras hijas os dirige al dar cima a su pobre trabajo.

Seguid mirando con ojos compasivos a ésta mi querida España, que, arrepentida de sus pasados errores y purificada en el crisol del sufrimiento, se ha encontrado a sí misma y camina con paso firme por la senda de sus nuevos destinos, llevando como guía la Cruz de Cristo, e iluminada con el esplendente faro de la fe que la conduzcan a la meta de sus ansias Imperiales, por las que tantos hermanos nuestros han vertido su sangre en los campos de batalla.

Iluminad, Virgen querida, a nuestro invicto Caudillo para que todos sus actos de gobierno se encaminen a la mayor gloria de Dios, honra vuestra y bien de esta vuestra Patria predilecta y, finalmente, aceptad el ofrecimiento que del humilde producto de su pobre inteligencia os ofrece quien cifra su mayor timbre de gloria en ser Hija de María, española y modelada en uno de vuestros Colegios, por las Hijas de vuestro Hijo.

Y termino exclamando con el poeta :

«Flor de flores adorable encanto,  
gloria del mundo, celestial hechizo...  
¡ Dios no pudo hacer más cuando Te hizo !  
Yo no se decir más cuando te canto.

*Juana Segoviano M. N.*

A. A. del Colegio de Segovia

Marazoleja y Mayo 1940.

---

---

## **NOTAS DE LA REDACCION**

Encarecidamente suplicamos a las encargadas que: fotos, trabajos, avisos y cuanto deba ser publicado en ECOS, lo envíen directamente a la Redacción, para evitar con ello extravíos y confusiones, siempre lamentables.

**OTRA.**—Por razón de las circunstancias, se prolonga por seis meses más el tiempo señalado en nuestro Concurso Mariano, para la entrega de trabajos de los temas que aun restan, para ver si pueden los Colegios de Ultramar concurrir.

Si pasados los seis meses no ha sido posible lleguen sus trabajos a España, se procederá por el Jurado, a la calificación de los recibidos.



## SEGUNDO PREMIO

### al Tema 4.º

La devoción nacional a la Santísima Virgen del Pilar, sostén de la piedad española :—:



Muy hermoso mi premio; Jesucristo Redentor

Si a todas iba dirigido el llamamiento que nos hacían en el número de ECOS, correspondiente a los meses de Enero-Febrero, para tomar parte en el concurso dedicado a nuestra Madre del Pilar, cantando sus glorias :

Yo, que he tenido la dicha de abrir mi juventud dentro de los muros queridísimos del Colegio de Segovia, bajo la mirada amorosa, tierna y protectora de la Virgen que bendecía nuestros obsequios y perdonaba nuestras flaquezas, vería en mí una ingratitud si no correspondiera con todo el amor que encierro en mi pecho, a entonar sus alabanzas.

Y recordando las palabras de nuestro poeta castellano cuando dice : «Garganta que no te canta muda debiera quedar...» ; surge en mí la decisión de tomar parte en el concurso, y apesar de reconocer la escasez de mis fuerzas, me dispongo a emborronar estas cuartillas que ofrezco a la Santísima Virgen, para que nos conceda a las que la cantamos en la tierra, la dicha de poseerla y amarla en el Cielo.

No son mis aspiraciones hacer un trabajo acabado ; un estudio así, en esta materia, exige no pocos conocimientos y ciertas cualidades literarias que reconozco no poseer. Mis páginas se dirigen



tan solo, por si yo, con mi granito de arena pudiese avalorar un poquito más el monumento de filial amor que ECOS levantará a la Reina de la Nación Española, la Santísima Virgen del Pilar, Madre de todos los hombres y sostén de la piedad del pueblo hispano.

Temas a tratar: 1.º, Aparición de la Santísima Virgen del Pilar al Apóstol Santiago.—2.º, Construcción del primer templo del Pilar, fervor del pueblo y trabajos realizados hasta conseguir el actual.—3.º, Distinción que hace la Santísima Virgen a España con su aparición y ayuda que nos presta en todas las gestas heroicas.—4.º, Intervención de la Virgen del Pilar, en el descubrimiento de un Nuevo Mundo (sólo hago una iniciación, por no salirme del tema).—5.º, Cómo se ha declarado al Templo del Pilar, Templo Nacional por todos los beneficios hechos a la Nación y Santuario de la Raza, por elevar a España a la más alta cima con el descubrimiento de América (también sin explicar por hablar solo de tema señalado).—6.º, Reconocer de todo lo expuesto que la Virgen del Pilar, es sostén de la piedad española.

*1.º—Aparición de la Santísima Virgen al Apóstol Santiago.*

Era pura y serena la media noche de aquel día en Zaragoza (1 al 2 de Enero del año 40). En las aguas tranquilas del Ebro se reflejaba la luna, y aquel beso de paz que le enviaba, dejándose retratar en sus aguas, era símbolo del pacto de amor que iba a demostrar el cielo a la tierra. Cuando un hombre cansado y fatigado de haber predicado por las ciudades y pueblos de los alrededores, hace un alto en el camino y se para a descansar en las orillas del río. Pensativo y como estático ha quedado fijando su vista en el cielo, que refleja una tristeza profunda a la vez que ansias de conquista por un reino mejor. Su figura es más divina que humana, de pronto se rasgan los aires y aparece la Santísima Virgen en carne mortal, acompañada de un hermoso coro de ángeles; se pone a consolar a Santiago que había venido a Evangelizar a España y estaba angustiado del poco fruto recogido. Para mayor consuelo, con ternura de Madre le deja su misma imagen sobre un Pilar de mármol y le ordena que edifique allí mismo una capilla para su culto, prometiéndole que jamás faltaría la fe en su suelo privilegiado.

*2.º—Construcción del primer templo del Pilar, fervor del pueblo y trabajos realizados hasta conseguir el actual.*

Inmediatamente se construye una modesta capilla de 8 pies de ancha y 16 de longitud. En el sitio más adecuado se pone el Pilar, sobre el que descansa la Imagen, es de jaspe, mide 160 centímetros de altura, por 24 de diámetro, y lo cubren casi por completo, un revestimiento de bronce cincelado, y sobre



éste, otro de plata, también cincelada, excepto una pequeña parte situada detrás de la imagen, que tiene 20 centímetros de ancho.

En el decurso de los siglos a fuerza de besar en dicho sitio los labios piadosos, han abierto una huella bastante profunda. Sobre esta columna de jaspe descansa la imagen de la Reina de los cielos, teniendo en sus brazos a su Divino Hijo, cuya mano derecha se extiende sobre su Madre, mientras en la izquierda lleva un pajarito.

La imagen es de talla, de una madera que no ha sido posible averiguar su clase, siendo de admirar la prodigiosa conservación de esta madera preciosa, que ha desafiado la voracidad de la carcoma y de los siglos. Mide 38 centímetros de altura, todo es dorado su vestido, con un manto de la cabeza a los pies. Lleva una corona semeando la de marquesado.

Como la fe era muy grande, se hace pequeño el santuario, y después de la innumerable serie de mártires que en los primitivos siglos a la sombra del Pilar florecieron y dieron su vida por Dios, ve después a los mozárabes concentrar en la Sagrada Capilla el depósito de sus creencias, y tras la reconquista de Zaragoza, ve al Obispo Pedro Librana, interesar al orbe católico en la reedificación del Templo, y al Batallador Alfonso I prosternarse en acción de gracias ante la Virgen; a Jaime II y a Juan II tributarle fervientes muestras de amor filial; a Fernando el Católico estimar como el más alto honor pertenecer a su Cofradía; a Carlos I y Felipe II piadosamente invocarla y distinguirla con regios presentes. Hasta que en Mayo de 1642 la vieron entronizada como Patrona de Zaragoza, y pasados unos años más gozar de Oficio divino propio, y sobre su antiquísimo solar de su primer Santuario, sucesivamente engrandecido, contemplar en el siglo XVII la erección del actual Monumento, donde se puede admirar el barroquismo de Francisco Herrera (el Mozo) y el clasicismo posterior de Ventura Rodríguez, dando así cumplida expresión a la piedad aragonesa que ha sabido plasmar en magnífica ofrenda a la Reina de los Cielos, desde las maravillas del Retablo de Forment, la sillería de Juan Morete, la técnica rejera de Tomás Celma y de la inspiración escultórica de Carlos Salas, hasta los testimonios tan profusos de la maestría de Bayeu y los señeros del genio inmortal de Goya.

3.º—*Distinción que hace la Santísima Virgen a España con su aparición y ayuda que nos presta en todas las gestas heroicas.*  
Todas las naciones de la tierra reclaman para sí la gloria de ser



las distinguidas de la Santísima Virgen : Francia repite hasta el delirio la frase atribuida a San Bernardo : «Regnum Galicae, regnum Maria (Francia es el reino de María). Inglaterra desde que el cristianismo, guiado por María cultivó a los celtas y anglosajones, a los cuales no lograron vencer las legiones de César, esculpió en los viejos muros de sus santuarios : «Esta es la Isla de la dote de María». Italia apenas escucha la voz de los Apóstoles, purifica los templos de mármol del paganismo y dedica los más bellos a la Santísima Virgen. Los ángeles, obedeciendo los mandatos de su Reina que quería premiar a tan fervoroso pueblo, cogen en Nazaret la casa de la Virgen y, sosteniéndola con las alas, la transportan por los aires y la depositan en la cima de Loreto, en un bosque de laureles. Así podríamos citar infinidad de casos. Pero ninguna nación ha tenido la dicha de verse distinguida con la presencia real de la Santísima Virgen en carne mortal, como lo fué nuestra querida España cuando vió en las orillas del Ebro al Apóstol Santiago consolado y confortado por la Virgen del Pilar. Desde entonces, nuestra nación no ha cesado de recibir pruebas fehacientes del amor que nos tiene la Santísima Virgen, como lo prueba la Historia ; donde se ve palpablemente un tejido sin interrupción de la ayuda de María. Ninguna nación cuenta con la epopeya gloriosísima de ocho siglos de guerra contra los agarenos que, empezó en las montañas de Asturias en la gruta de Covadonga, y vino a tener desenlace cuando Hernando del Pulgar clavó las palabras del Avemaría en los muros de la Alhambra de Granada, realizando la hazaña más temeraria que recuerdan los anales de la Historia hispana. En ese poema se leen páginas, como las jornadas de Clavijo, Salado, Navas de Tolosa, que bastan por sí solas, para inmortalizar un pueblo y poner de relieve la protección de María.

¿Habrá mayor convencimiento para probar la ayuda de la Virgen del Pilar, que el que hemos visto en las últimas victorias pasadas? : Defensa de Huesca, sangrienta batalla de Belchite y sobrehumana reconquista de Teruel. Toda la cruzada salvadora que ha consumrado España con la Victoria final, ha sido por la protección y guía de la Virgen Capitana, que por algo en 1908, a la Virgen aragonesa, la concedieron honores de Capitán General, que no fué caprichoso acuerdo, sino fiel reflejo de una veneración Mariana. Por eso de las solemnes campanadas que emocionados diariamente escuchamos transmitidas desde el Pilar, anunciando en la media noche el recuerdo de su venida en carne mortal a nuestro suelo,



podemos decir que, sus meras vibraciones metálicas son rotundos latidos del corazón de España.

4.º—*Intervención de la Virgen del Pilar en el descubrimiento de un nuevo mundo.* Y si recordamos cuando el día 12 de Octubre del año 1492, con la ayuda y protección de la Santísima Virgen del Pilar alumbró España a un Nuevo Mundo. Gracia insuperable a todos los favores recibidos (que no quiero detallar por no salirme del tema). Pero basta decir que elevó a España a la más alta cima que ha podido ascender ninguna otra tierra del planeta.

Es en 1908 también, cuando al celebrarse en la ciudad de Zaragoza el primer centenario de sus famosos sitios y conmemorar la asombrosa reacción patriótica de 1808, diecinueve Repúblicas hispanoamericanas, noblemente deseosas de manifestar su adhesión a España, su Madre común, no encontraron modo más entrañable de hacerlo, que llegar hasta las gradas del Templo del Pilar, para hacer a la Virgen la ofrenda de sus banderas nacionales, que de la alta bóveda fueron suspendidas, juntamente con la enseña española que a todas las preside.

5.º—*Cómo se ha declarado al Templo del Pilar Templo Nacional, por todos los beneficios hechos a la Nación y Santuario de la Raza, por el descubrimiento de América y la unión de nuestros hermanos hispanoamericanos acabado de explicar.*

De todo lo expuesto podemos deducir que tan del corazón de España brota el amor a la Virgen, que siempre que se hace patria, se honra y ama a María, y Esta la distingue con su protección, pudiendo afirmarse que, ni la Santísima Virgen ha olvidado nunca a España, ni España ha olvidado jamás a María. Por eso a cada beneficio recibido de la Santísima Virgen, se la honra con un nuevo canto de alabanza, así ahora para acrecentar la devoción a la Virgen del Pilar y agradecerle los innumerables beneficios que nos ha dispensado durante la guerra, el Ministerio de la Gobernación, en Orden del 29 de Diciembre de 1939, resolvió declarar que: «La Basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, puede ostentar el título y la consideración de *Templo Nacional y Santuario de la Raza*.

6.º—*Reconocer de todo lo expuesto que la Virgen del Pilar es sosén de toda piedad española.* Si alguno dudase de que el sentimiento religioso y el sentimiento nacional viven juntos en la Historia de España y ambos se ayudan para fortalecer el alma de los españoles, hasta el punto de que si el uno amengua, como se ha



dicho, pronto desmaya el otro, y si uno de ellos se exalta, el otro se enardece, pase la vista y detenga el pensamiento en todo lo expuesto y se convencerá de que sin Religión no hay aquí patriotismo, ni Patria, ni Estado, ni gloria, ni Bandera Nacional.

España, ha dicho un español insigne, no fué en sus orígenes una factoría, sino que nació en su Religión a la orilla del Elbro, en su Templo del Pilar y en su Nacionalidad, en una Cueva santa, delante de una imágen de María Santísima sostén y escudo de la Nación.

Antes de terminar, pido a la Santísima Virgen, una especial bendición para todas las que ofrecemos este homenaje de amor, participando en el Concurso, y algo que vale aún más. todos los corazones que al unísono laten en nuestro pecho y hacen brotar de nuestros labios estas hermosas palabras: «Bendita y alabada sea la hora en que la Santísima Virgen del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza».

*Carmen Ruiz*

A. A. del Colegio de Segovia y M. N. de Cuéllar

---

---

## **BODAS DE ORO**

De su vida religiosa, en nuestro Instituto, las han celebrado:

La M. Catalina Lasa y la H. Francisca Uranga.

La primera, el 31 de Mayo último, y la segunda, el 15 del mismo mes, en el Noviciado y Colegio de Salamanca, respectivamente.

Fiesta hermosísima la del 31, por el conjunto de circunstancias que en ella concurrieron. Además de la Jubilar, la del Amor Hermoso, aniversario del natalicio de nuestra M. Fundadora y profesión de varias religiosas.

El sermón estuvo a cargo del muy R. P. Valentín Caballero, de las Escuelas Pías, quien con abundancia y belleza de conceptos y con la unción de que siempre va enriquecida su palabra, nos dejó un recuerdo dulcísimo del día.

La fiesta del día 15, en el Colegio, estuvo a cargo del Muy Ilustre Señor D. José Artero, Canónigo de la S. I. B. C.

Bello también y muy jugoso el sermón, como todos los suyos.

El Señor nos conserve aún a nuestras dos queridas religiosas, tanto como sea su Santísima Voluntad, enriqueciendo de méritos su laboriosa vida.



## PREMIO TERCERO

### al Tema 4.º

La devoción nacional a la Santísima Virgen del Pilar, sostén de la piedad española :—:



¡ Cuán bueno y amable es el Señor Nuestro buen Dios ! ¡ Cuántos beneficios hace a los hombres sin cansarse nunca de concederles lo que le piden ! Después de hacernos el gran favor de enviar al mundo a su Hijo haciéndose carne para salvar a los hombres, rescatándoles con su sangre y abrirles las puertas del Cielo para que gozaran un día de la Bienaventuranza eterna, después que Jesús dió su vida y mandó a predicar su Santo Evangelio a sus discípulos, a Santiago a España, que con gran celo lo hizo y tanto fruto iba recogiendo, no pareciéndole bastante, nos hizo la gran merced de mandar a su Santísima Madre la Virgen del Pilar a Zaragoza en carne mortal. ¡ Cuánto nos quiso conceder a los españoles, a su nación privilegiada enviando a su amada Madre a nuestra Patria, ya que pudiéndolo hacer en otra cualquier nación, no lo quiso, sino en España.

La venida de la Madre de Dios a orillas del Ebro fué una corona gloriosísima para nuestra Patria, más brillante que las de oro y piedras preciosas.

Detengámonos un poco en considerar el origen de su venida.

Según piadosa y antigua tradición, asegura cómo el Apóstol Santiago, llamado el Mayor, viniera a España por inspiración divina y morara por algún tiempo en Zaragoza, dignóse allí la Santísima Virgen, concederle un insigne favor.

Una noche mientras oraba con sus discípulos a la orilla del Ebro, apareciósele la Madre de Dios, la cual vivía aun entre los



hombres, mandándole edificar una capilla, por lo cual el Apóstol, ayudado por sus discípulos, dedicó una Capilla en honor a la Inmaculada Virgen. Se sabe que la Santísima Virgen vino sobre un pilar de mármol y rodeada de ángeles. Santiago construyó la capilla en su honor, que más tarde se convirtió en amplio templo en el que la Santísima Virgen se halla bajo un magnífico dosel de plata, y sobre fondo oscuro de brillantes, destaca la Imagen con el Niño Jesús en brazos. Se halla rodeada de luces y barandillas de plata que los fieles contemplan a respetuosa distancia.

Es muy antigua la devoción que desde los primeros siglos los españoles profesan a la Virgen del Pilar, si no en prueba de ello recordaremos que los subterráneos de diversos puntos de la ciudad que se dirigían a la Capilla Angelica, eran el refugio de los perseguidos cristianos, donde contemplarían sus almas los innumerables mártires.

Desde muy antiguo se hablaba del Santuario de Zaragoza, por las peregrinaciones que a él se hacían. Del siglo XII en adelante, son muy numerosos los testimonios que nos dan de la devoción a la Virgen del Pilar en España y aún en el extranjero. La defensa de la ciudad contribuyó a encender la devoción a la Virgen en los corazones de los nuevos pobladores de Zaragoza. Fué el caso de querer recobrar los moros la ciudad, lograron en una noche aportillar al muro exterior de hierro, pero cuando habían penetrado ya en el recinto comprendido entre una y otra muralla, cegados y aterrorizados por resplandores maravillosos, hubieron de huir atropellándose unos a otros, mientras los cristianos despertados por la algazara y guiados por la luz celeste salían a ver el milagro.

Después esta devoción, se extendió cada vez más dentro y fuera de Zaragoza. En este mismo siglo se propagó la devoción a la Virgen del Pilar, se extendió por Castilla, Andalucía, etcétera. En el pueblo de Jaca, se dice de un devoto de la Virgen que convirtió su casa y huerta en templo de la Virgen del Pilar. Es todo de piedra labrada, construido, según la época, por la cúpula, celebrándose la primera misa en el día del Pilar en 1712.

En este tiempo se verificó el grandioso y popular milagro de Calanda por la Virgen del Pilar. Zaragoza iba a celebrar el triunfo los días 21, 22 y 23 de Noviembre de 1807 con grandes fiestas, cuando se publicó una obra del P. Basilio de Santiago, de



las Escuelas Pías, cuyo nombre pasó poco después a la Historia ceñido de aureola de mártir de la Patria, y entre los versos con que se celebró aquel fausto acontecimiento recordaremos esta copla expresiva :

«Dice el diablo en el infierno,  
que ese Pilar se derribe  
y el diablo «erre» que «erre»,  
y el Pilar firme que firme.»

Estos versos resumen la Historia del Pilar: ¿Habría alusión a la tormenta que al año siguiente iba a descargar sobre la inmortal Zaragoza?

Fácil es que así fuera. Se atribuía a los revolucionarios franceses el infame propósito de dirigir sus armas sobre Zaragoza, precisamente para profanar el venerable Templo y llevarse la Imagen de Nuestra Señora, pensando quizá que con este golpe, dado a la fe española harían que cayera de ánimo toda la nación.

Lo cierto es que, a la Virgen del Pilar, ha de atribuirse toda la resistencia de la ciudad dos veces heroica. Los zaragozanos estaban persuadidos de que los franceses se estrellarían, porque la Virgen les ayudaba a ellos que la tenían fervorosa devoción y la confianza que tenían en Ella, sostuvo a estos héroes.

Y no fué por cierto fallida (que nunca se derrama en balde la sangre de los mártires), porque si Nuestra Señora permitió que la ciudad se rindiera, fué para coronarla más de gloria y servir de alto ejemplo a la nación y alentar en todas partes la resistencia hasta la muerte, preparando el camino a la completa victoria. Recién nombrado Capitán General Palafox, fué a besar la mano a la Virgen de lPilar, e hizo se iluminara la Santa Capilla. Cuando Zaragoza se preparaba a resistir con sus débiles muros a los vencedores Austerlitz y Jena, recibió una proclama de Castilla la Vieja que decía así: «La Madre del Pilar es vuestra Capitana y estos castellanos os acompañan a sus pies». El 15 de Junio de 1808, en el combate de Lefebre, el General, con bandera blanca en la mano, con la Virgen del Pilar bordada, como Generalísima de las tropas, fué a su templo, y después los soldados, llenos de gloria, entran también en él y presentan bandera y armas a la Virgen. El 26 del mismo mes, en la Plaza del Carmen, un Sargento agitando una bandera, lee: «¿Juráis valientes y leales soldados de Aragón defender nuestra Religión y nuestra Patria, sin consentir jamás el



yugo del infame francés, ni abandonar esta bandera protegida por la Virgen del Pilar?» El grito unánime, respondió: «Sí, ¡jura mos!».

El 1 de Julio de 1808, las bombas francesas caen sobre el templo de la Virgen, no haciendo daño; el 2 se hacía oración en el Pilar mientras Agustina peleaba; el 3 Palafox va a ver a la Virgen. El 4 de Agosto los siete zaragozanos que hacen resistencia a la columna de franceses, logran las más importantes victorias, al grito de: «¡Virgen del Pilar!», y se lanzan al combate. Cuando sitiaron dos veces a Zaragoza, Palafox dijo: «Nuestra Señora del Pilar nos ampara», y poco a poco, con la ayuda de la Virgen, vencían. En el siglo XX es mucho más intensa que en los siglos pasados la propaganda de la devoción a la Virgen del Pilar. Estampas, medallas y hojitas que eran escasas en los siglos anteriores, se encuentran ahora por todas partes con abundancia, y dentro y fuera de España se han multiplicado estatuas, altares, capillas y congregaciones en honor de la Virgen del Pilar. Por Oceanía y Asia nuestros misioneros han llevado la devoción a esta Virgen, pero sobre todo se ha extendido por América, donde con ocasión de la Fiesta de la Raza, el 12 de Octubre, se celebra ya fiesta religiosa a la Virgen del Pilar. En 1920 acudió a Lourdes la primera peregrinación zaragozana, presidida por el Cardenal Soldevilla, que asentó la primera piedra del monumento a la Virgen del Pilar. Esta Santa Patrona y Madre nuestra, que tiene por doquier en nuestra Patria altares dedicados a su Pilar bendito y los tiene en Roma y en América y en Africa y en Asia y allí donde palpita un pecho español, no podía dejar de ser reverenciada en la ciudad blanca del «Magnificat» en su Jerusalén privilegiada, en el moderno alcázar de todos sus favores, en el Tabor espléndido de todas sus grandezas, en el cenit maravilloso de sus apoteosis más deslumbradores. En todo tiempo se ha visto la devoción de los españoles a la Virgen del Pilar y la ayuda de Esta a sus verdaderos devotos.

Después de haber visto los milagros de los anteriores siglos hoy podemos citar el tan nombrado y por todos sabido del bombardeo rojo del 3 de Agosto de 1936 al templo del Pilar, arrojando tres grandes bombas sin explotar ninguna. El Pilar es, sin duda, el imán dulce y poderoso que atrae al alma de todo buen español. Allí han afluído incesantemente, al través de los siglos, los españoles agradecidos, lo mismo en sus horas sombrías de pesar



como en las radiantes de esperanza y triunfo. Palmaria prueba de ello la tenemos en estos días de dolor y gloria de España con el espectáculo emocionante que se ofrece casi de continuo. Es que ha sido siempre la «Pilarica» estrella polar de nuestra Patria, base de su fe y piedad, trono de su grandeza, trofeo de sus glorias, esperanza de sus triunfos, consuelo de sus desgracias y aliento de sus victorias.

De aquí que todo español digno de este nombre debe ser fino amante de la Celestial Señora, en esta advocación típicamente nacional. El día que «todos los españoles—según escribían los hermanos Quintero—consagren a la Patria común, cada cual en su esfera, fervor análogo, devoción y culto semejantes a los que consagran los zaragozanos a la Virgen del Pilar, España renovará continuamente sus grandezas». Mas es cosa de preguntar: ¿No se había entibiado bastante en los últimos años el amor que sentían nuestros padres para con la Virgen del Pilar? ¿Se rezará acaso—pongo por ejemplo—como ellos rezaban al sonar la hora del reloj, la jaculatoria nacional de la venida a España de la Santísima Virgen?

Hay pues, que reavivar la devoción a nuestra celestial Protectora y Patrona y hay que renovar la costumbre de la tradicional jaculatoria como muestra y prenda de nuestra gratitud por los beneficios pasados, por los que dispensa al presente de un modo particular, y por los que de ella esperamos en lo porvenir. Para eso ningún estímulo mejor que el pleno conocimiento del honor sin segundo que nos deparó viniendo en carne mortal a orillas del Ebro para dejar allí su Pilar celeste a modo de piedra angular inmóvil de la Iglesia y Patria españolas.

Por eso, español, debes dar a conocer esta «bondad» nuestra, semejante y tan trascendental, que constituye nada menos que la directriz de los destinos providenciales de España, en la Historia del mundo.

La Virgen del Pilar es una columna levantada por la Divina Providencia para salud de España. Columna de fuego, guardadora de vuelo de la raza. Columna sostentadora que jalona el luminoso itinerario de España en su peregrinar por el planeta. Si ha crecido de nuestra parte la devoción hacia la Virgen del Pilar, también han crecido los favores que a su largueza de Reina y amor de Madre, se deben sin duda, el rápido y potente resurgimiento de nuestra Patria. Procuremos, pues, que nunca se entibie ni dismi-



nuya, sino que vaya creciendo y enfervorizándose nuestra devoción querida. Seamos apóstoles suyos, todos cuantos nos precieemos de buenos españoles.

Volvamos hacia la Virgen del Pilar como nuestros padres y abuelos, que guiados por Ella, aun tenemos los españoles largos siglos que recorrer, ganando costumbres imperiales, para ser conductores del orbe a gloria de Dios, prez de la nación y pacificación del mundo, sin olvidar que :

Hay una ciudad famosa  
del Ebro junto a la orilla  
y en ella hay una capilla \*  
y en la Capilla un Pilar,  
y en el Pilar una Virgen  
que es del mundo la primera  
y a quien España venera  
con devoción singular.

*Sagrario Sanz*

4.º Curso de Bachillerato

Segovia y Mayo 1940,



IMP. COMERCIAL SALMANTINA. PRIOR, 19, T. 1982